

» bian impedido venir al concilio y retenido prisioneros á los » obispos y enviados de los príncipes alemanes. » Esta conducta era tanto mas heroica, cuanto que solo la voluntad del papa sostenia el ánimo fluctuante de los Romanos. Este pueblo, cansado en fin de los rigores de tan largo sitio y de una fidelidad que por su duracion excepcional contrastaba con su carácter versátil y novelero, envió á Enrique IV una diputacion encargada de ofrecerle las llaves de la ciudad, y el 21 de marzo de 1084 entró en Roma Enrique con el antipapa Guiberto. El heroico Gregorio VII, testigo de la defeccion de sus súbditos, permaneció encerrado en el fuerte de San Angelo. Guiberto fué instalado en el palacio de Letran y consagrado por los dos obispos de Módena y de Arezo, en medio de un inmenso concurso de clero y pueblo. El día de Pascua, 31 de marzo, Enrique y la reina Bertha, su esposa, hicieron su entrada solemne en la basilica de San Pedro; fueron en seguida al Vaticano, donde Guiberto puso la corona imperial en la frente del rey, que fué proclamado patricio de los Romanos.

23. En el entretanto Roberto Guiscardo acudia al socorro del papa con un ejército de treinta mil hombres: y Enrique IV, que no podia batirse contra tales fuerzas, huyó precipitadamente de Roma, y se fué con su antipapa desde luego á Civita-Vecchia, y desde allí á Sena. Pero Roberto libertador tenia que ser tan fatal á Roma como Enrique conquistador. Las tropas indisciplinadas de los Normandos, mezcladas con tropas sarracenas que se habian alistado bajo los estandartes de Guiscardo, entraron en la ciudad á fuego y sangre. En pocas horas los palacios mas suntuosos quedaron reducidos á escombros. Gregorio VII, para librar á Roma de tal desastre, se salió de ella con Roberto en 1085 y fué á Salerno. Una lucha tan constante, y trabajos tan penosos y duraderos habian consumido la salud y vida del santo pontífice. Habia visto como se iba precipitando el mundo hácia su ruina certera; y se habia sacrificado heroicamente para detenerlo en su fatal pendiente. Los cardenales, que le rodeaban en sus últimos momentos, deploraban el abandono en que iba á sumirlos su muerte. Levantando los ojos,

extendió sus brazos y exclamó: « Me voy allá.... yo os encomendaré al Dios infinitamente bueno. » Les designó tres hombres que él juzgaba dignos de continuar su obra y de subir despues de él al trono de san Pedro: Desiderio, abad del Monte Casino, Othon, obispo de Ostia, y Hugo, arzobispo de Lyon; y luego añadió. « En nombre de Dios todopoderoso, y en virtud de la autoridad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, » os ordeno que no reconozcais por papa legítimo sino al que » haya sido elegido y ordenado segun los cánones. » Entretanto las fuerzas le iban faltando mas y mas. Antes de espirar pronunció esta expresion que resume en sí sola á toda su vida: « Amé la justicia, aborrecí la iniquidad; por lo cual » muero en destierro. » Uno de los obispos le repuso: « Señor, » en ninguna parte podeis morir en destierro; Dios os ha dado » todas las naciones por herencia, y el mundo entero por reino. » Mas Gregorio VII no pudo oír ya estas palabras, porque su alma habia subido ya al seno de la eterna Justicia, que acababa de invocar: murió este magnánimo y santo pontífice el 25 de mayo de 1085, cuyo oficio se reza en la Iglesia desde el tiempo de Benedicto XIII, habiendo sido insertado su nombre en el Martirologio por Gregorio XIII.

24. La tan complicada serie de los acontecimientos que motivaron la larga lucha entre san Gregorio VII y el rey Enrique IV no nos ha permitido seguir á este gran papa en sus relaciones con el mundo entero. Su primer pensamiento se fijó en la situacion de los cristianos en España, África y Palestina, humillados bajo el yugo sarraceno. Ya era esto como una intuicion de las cruzadas. Un señor poderoso de la Champaña, Ebolo, conde de Boucy, habia partido con otros caballeros franceses á ofrecer sus servicios á los cristianos contra los Moros. El papa les dió anticipadamente en feudo cuantas tierras pudiesen conquistar de los infieles. Ignoramos los hechos del conde de Boucy; pero un poco mas tarde, hácia 1085, vemos otros grandes señores de Francia, tales como Raimundo, ó Ramon, conde de Tolosa, y sus vasallos, combatir valientemente en las filas del ejército español, bajo Alfonso VI, contra

los Moros. Estos fueron ya los primeros *cruzados*, esto es, los primeros soldados voluntarios de Cristo en guerra santa. Por el mismo tiempo, año 1074, san Gregorio VII habia preparado para los Griegos un socorro de cincuenta mil hombres, prontos á seguirlos para combatir á los Musulmanes, librar los santos Lugares y las iglesias de África. Esta gigantesca expedicion se estorbó en su principio por la cuestion de las *investiduras* que llamó toda la atencion del papa hácia la Alemania. El imperio de Constantinopla veia sucederse príncipes ó *simples* ó *feroces*, como los llama Montesquieu. Miguel VII, llamado *Parapinazo* ó el Hambriento, por su insaciable codicia, recibió en vano de san Gregorio VII cartas en que le exhortaba á tentar un esfuerzo supremo para arrojar al islamismo que marchaba triunfante hácia Constantinopla. Pasó todo su reinado en idear impuestos como si el trono fuese una banca de usurero: reinó hasta 1078, y su sucesor, Nicéforo Botoniata, fué destronado por Alejo Comneno en 1081. Saliendo para su destierro, volviendo la cara por última vez hácia el palacio en que habia vivido tres años, dijo: « Solo echo de menos una cosa » del poder supremo, y es la mesa de los Césares. » Alejo Comneno inauguró un reinado que no fué desprovisto de gloria, con actos de valor y justicia. Tuvo que pelear con Roberto Guiscardo y sus Normandos, que acabaron por apoderarse definitivamente de las últimas posesiones de los Griegos en Italia é Iliria. Los combates de Comneno con los Dálmatas, los Comanos y los cuatrocientos mil Escitas que infestaban la Tracia recuerdan las batallas homéricas. Los Turcos, mandados por Alp-Arslan y mas tarde por el sultan Abou-Kassem, cubrian con sus escuadrones las vastas comarcas entre la Persia y el Helesponto, y llegaron hasta Scutari. Desde lo alto de los baluartes de Constantinopla se habia visto en las playas vecinas el estandarte de Mahoma: se habian oido con espanto el relincho de los caballos y los desaforados gritos de los guerreros salvajes venidos de las riberas del Oxo. Alejo Comneno alzará muy pronto su voz, dará un grito de alarma al que responderá el Occidente con las cruzadas.

25. San Gregorio no cesó de influir mucho en todos los países del Norte. Dió título de rey á Demetrio, duque de Dalmacia, y á Miguel, duque de los Esclavones: recibió del rey de los Rusos el homenaje de su reino. Los Húngaros, Polacos y Dinamarqueses fueron objeto especial de su solicitud. Vratislao, duque de Bohemia, le pidió permiso para hacer celebrar en su reino los oficios en lengua esclavona. La respuesta del santo es notable, y puede mirarse como precioso monumento de su celo por la conservacion de la liturgia. « Nos es imposible, le » dice, acceder á vuestra demanda. Dios ha querido que la » sagrada Escritura fuese oscura en muchos lugares para que, » siendo sobrado sencilla y clara, no suministrase motivo de » error á espíritus vulgares presuntuosos. No presentan valor » los antecedentes que se citan en apoyo de vuestra peticion; » porque hay muchas prácticas antiguas que los santos Padres, » despues de maduro exámen, han corregido ó reformado » cuando la Iglesia se ha visto mas firme, mas extendida. En » virtud de la autoridad de san Pedro, nos oponemos á la » imprudente súplica de vuestros vasallos, y ordenamos os » resistais á ella con todo vuestro poder. » Estas palabras de san Gregorio VII son muy cuerdas, porque se concibe muy bien que cada pueblo tenga su propia lengua para las cosas nacionales ó individuales, mas la Iglesia católica no está circunscrita á una nacionalidad, ni á un pueblo, sino que abraza en su seno á todos. [Conviene pues que la lengua del sacrificio, del culto divino, sea la lengua de la Iglesia, la misma en todas partes; para que el católico, do quiera se encuentre, se halle como en la misma casa de su padre, Dios; de su madre, la Iglesia. Por este tiempo acontecia tambien la adopcion universal del Breviario y Missal romano en toda España; pero, para honrar el antiguo oficio hispano-gótico, cuyo origen era apostólico, se mandó hubiese varias capillas en Toledo, Sevilla y otros puntos, donde hubiese un *clero obligado perpetuamente* á rezar el Breviario muzárabe, y celebrar misa del oficio muzárabe, como va observándose hasta hoy.]

26. A pesar de los desórdenes contra los que tuvo que luchar

san Gregorio VII respecto del clero, su pontificado fué fecundo en ejemplares de virtud y santidad. San Lanfranco, arzobispo de Cantorbéry, edificaba á la Inglaterra é influía con Guillermo el Conquistador para que sus conquistas lo fuesen también de la religión. San Anselmo, obispo de Luca, san Alfano, arzobispo de Salerno, san Bruno, obispo de Segni, favorecieron y ayudaron con todo su poder á Gregorio VII contra la tiranía de Enrique IV, la simonía é incontinencia de los clérigos. San Estéban de Muret fundó el órden de Grandmont, cerca de Limoges. San Gauchero, prior del convento de canónigos regulares en San Juan de Aureil, san Cervino, abad de San Riquier, en la misma provincia, honraban al monacato. San Roberto, desde luego monje de Moustier-la-Celle, cerca de Troyes, luego abad de Tonerre, fundó en 1075 el famoso monasterio de Morismundo en el obispado de Langres, y habia de dar su nombre á la célebre fundacion del Cister. San Hugo, abad de Cluny, conservaba á esta órden en su espíritu primitivo. No era raro ver á los mas poderosos señores abandonar los bienes y esperanzas terrestres para abrazar la austeridad de los claustros. El bienaventurado Simon, conde de Crepi, de Valois, de Mantes y de Bar-sur-Aube, renunció al mundo de un modo extraordinario. Rodolfo de Crepi, su padre, se apoderó injustamente de la villa de Montdidier, donde fué enterado. Simon, penetrado de temor del divino juicio y temblando por la salvacion de Rodolfo, consultó al papa san Gregorio, y conforme á su parecer, volvió el feudo de Montdidier á su legítimo señor, é hizo quitar el cuerpo de su padre de aquel sitio usurpado. Cuando se hizo la translacion, el joven señor, que asistió á la apertura del féretro, espantado á la vista del cadáver exclamó : ¡ «Y ese es mi padre ! y en eso para la gloria del mundo ! » Y acto continuo se resolvió á dejar el mundo [como lo verificó entrando en el monasterio de San Claudio, de la órden de Cluny, despues de innumerables episodios y dificultades que tuvo que vencer]. Murió santamente y mereció los honores de su beatificacion. Hugo, duque de Borgoña, renunció á todo por hacerse monje en Cluny. San Bruno, canó-

nigo de San Cuniberto en Colonia, luego canciller de la metropolitana de Reims, fundó, en 1084, con seis compañeros el monasterio de la Cartuja en los montes de Grenoble. La regla de san Bruno era en el fondo la de san Benito, pero con tales modificaciones que era una regla particular. Los Cartujos semejaban mucho á los monjes de Valdeumbrosa y á los Camaldulenses. Era en todos ellos la vida eremítica unida á la cenóbica. Silencio casi perpetuo, ayuno riguroso, abstinencia severa, pobreza y austeridad en todo, oracion y contemplacion, tal era el régimen de los Cartujos, que reproducian en el Occidente los prodigios de los antiguos solitarios del Egipto y de la Siria.

27. Y así el santo papa Gregorio VII hallaba por todas partes almas heroicas que le animaban en sus reformas. La escuela protestante ha pretendido probar que Gregorio VII fué el primero que impuso la ley del celibato á los eclesiásticos, en contradiccion con las antiguas tradiciones. El señor Palma la refuta de este modo : « Nada mas auténtico en historia » que la antigüedad de la obligacion del celibato para todos » los clérigos de órdenes sagrados ó mayores. En 385, el papa » san Siricio se expresa así en su epístola á Hincmaro de Tar- » ragona : *Todos nosotros, sacerdotes ó levitas, estamos ligados » por una ley indisoluble, y en el dia de nuestra ordenacion, » consagramos nuestros cuerpos y corazones á la castidad. Los » que alegan pues antiguos privilegios que les dispensen de esta » ley, los declaramos por autoridad apostólica privados de todo » honor eclesiástico. Si en lo venidero, algun obispo, presbí- » tero ó diácono, se hiciere reo en esta materia, tenga enten- » dido que no hallará indulgencia en nosotros; porque es » menester extirpar con hierro el mal que no se cura con otros » remedios.* Esta ley del celibato eclesiástico, que san Siricio cita » como tradicion universalmente recibida en la Iglesia, recibió » nueva sancion por boca de san Inocencio I : *La obligacion » del celibato, dice á Exsuperio, obispo de Tolosa, es tal, » segun la disciplina muy conocida de las leyes divinas* (divi- » narum rerum manifesta disciplina) *y los rescritos de Siricio*

» de feliz recordacion, que los clérigos incontinentes deben de ser excluidos de todo honor eclesiástico, y no podrán ser admitidos á un ministerio que solo está reservado á la virtud de continencia.» Estos monumentos de la Iglesia primitiva, á los cuales pudieran añadirse infinitos otros, prueban la tradicion apostólica del celibato eclesiástico. Pertenecía al gran carácter de san Gregorio VII hacerse héroe de esta santa causa; de defender, con peligro de su vida, la integridad inmaculada de esta Iglesia virgen, que engendra con casta fecundidad millares de almas á Cristo. El celibato del sacerdote católico hace su fuerza y su gloria. Repudia todo afecto terrestre para abrazar en su seno todas las miserias, padecimientos y dolores: la gracia se lo paga al céntuplo, otorgándole para bien del mundo el privilegio de la paternidad de las almas. San Gregorio VII persiguió la doble plaga de la simonía y la incontinencia al través del sistema feudal de las investiduras, con el cual se escudaban ambas. Desplegó para la realizacion de su obra tal prudencia, habilidad y energía, que hasta sus mismos enemigos se ven obligados á admirarlo. Fué el santo papa uno de esos raros ejemplos dados al mundo para mostrar el poderío de la verdad, cuando está defendida y servida por una conciencia inflexible. Nada le ha faltado á san Gregorio VII, ni el brillo de la gloria, ni el eco de las cosas grandes, ni las calumnias de los interesados en el crimen, ni la auréola del infortunio, esta sublime prueba de la virtud y de la grandeza de alma.

§ II. PONTIFICADO DE VÍCTOR III (24 de mayo de 1086-16 de setiembre de 1087).

28. A pesar del triunfo de Enrique IV sobre sus rivales, á pesar del estado de anarquía y corrupcion general que habian dejado en tan mísero estado á la Iglesia, las ideas y actos de san Gregorio VII habian echado profundas raíces. Despues de muerto, un partido que podia poco en el número, pero mucho por la influencia de sus luces y virtudes, se habia formado y fijado en el seno de los señores y del clero. Al frente de este

partido se hallaban naturalmente los tres hombres á quienes habia designado por sus sucesores Gregorio moribundo. Solo el cardenal Desiderio, abad del Monte Casino, se hallaba entonces en Italia; los otros dos estaban ausentes: Othon, obispo de Ostia, estaba en Alemania como legado de la Santa Sede; Hugo, arzobispo de Lyon, se ocupaba con gran premura en su ministerio pastoral. Las miradas de los señores y obispos, fieles á la ortodoxia, se volvieron hácia Desiderio y le propusieron el soberano pontificado. Suceder á Gregorio VII, proveer á los asuntos políticos y religiosos tan llenos de embarazos, era peso enorme para un anciano debilitado por la edad y los achaques. El abad del Monte Casino lo penetró muy bien, y rehusó el honor que se le ofrecia. Durante un año entero se resistió á las repetidas instancias que se le hicieron. Los cardenales y obispos, juntos en Roma, le determinaron á presentarse ante ellos, le vistieron muy á su pesar de las insignias pontificales el 24 de mayo de 1086, y le proclamaron papa bajo el nombre de Víctor III. Pero el humilde Desiderio dejó secretamente la ciudad eterna cuatro dias despues, y se volvió á encerrar en su querida soledad del Monte Casino; y solo á fuerza de ruegos por parte de Roberto Guiscardo y demás príncipes de Italia, consintió por fin en volver á recibir la cruz y la púrpura romana el 21 de marzo de 1087.

29. Durante los dos años de interregno, el antipapa Guiberto habia robustecido su partido. Ocupaba militarmente la iglesia de San Pedro y la parte mas considerable de la ciudad. Víctor III no vaciló sin embargo en presentarse delante de Roma, acompañado de los duques de Capua y de Salerno. El pastor legítimo fué acogido con entusiasmo por la poblacion. Guiberto se vió obligado á ceder, y el 29 de mayo de 1087, Víctor fué consagrado con pompa en San Pedro por los obispos de Ostia, Túsculo, Porto y Albano. Pero una reaccion diestramente urdida por los cismáticos, que conocian la versatilidad y carácter hullanguero de aquel pueblo, obligó muy pronto al papa á emigrar de Roma como su antecesor; pero la condesa Matilde acudió al socorro del pontífice fugitivo, y al